

«Encanecen en la infancia; casi toda alegría viene á ser para ellos un sufrimiento.»<sup>(1)</sup>

Mas los que han puesto su confianza en el Señor, renuevan su energía vital, y, como el fénix, se revisten de un nuevo adorno; marchan con paso rápido sin cansarse; avanzan é ignoran lo que es el enervamiento.<sup>(2)</sup> Hay verdaderamente una diferencia enorme entre el servicio de Dios y una vida consagrada al mundo y ajustada á sus principios.

Sin duda, las plantas crecen más precoces y vigorosas en un terreno pantanoso que en otro arenoso. Mientras que éste gime todavía bajo el esfuerzo de la azada y del arado, á su lado hay ya un rico tapiz de flores, que yerguen orgullosamente su cabeza, como para burlarse de la tierra fértil, tan perezosa y tardía. Pero ¡cuán pronto cambia la situación! Una ligera helada, una mañana de sol ardiente, basta para que este esplendor, demasiado precoz, y estas plantas pantanosas, llenas de agua, se marchiten. Y cuando el labrador va á buscar, para llevarlos á su casa, los dorados frutos, resultado de tantas penas y cuidados, sus ojos ven entonces, allí donde en la primavera había contemplado tras de su arado un esplendor tan lleno de esperanza, una muerte prematura y un árido desierto.

Así es como, muy á menudo también, esa cultura del mundo está encaminada á producir flores precoces, pero flores que se marchitan prontamente cuando menos se espera.

Pero hay algo que, más que cualquiera otra cosa,—pues en el hombre y en la humanidad nada queda al abrigo de un daño cualquiera,—sufre las consecuencias de ello, por el mayor perjuicio de los desgraciados que vienen á ser víctimas de esta educación y por la ruina irreparable de la época y de la generación, el «Gemüth.» Madurez prematura, pero sin consistencia, como todo lo que favorece de una manera exclusiva tal ó cual fuerza ó disposición; di-

(1) *Die Warnung*, 1751 y sig. (*Zeitschr. f. deutsch. Alterth.*, I, 486).

(2) *Is.*, XL, 30 y sig. Cf. *Ps.*, CIII, 5.

solución de uno mismo, enervamiento, desecación de jugos vitales, postración precoz y languidez por efecto de la tisis que á esto sigue bien pronto, ved, en pocas palabras, las etapas de toda vida á la cual falta la fuerza vital interior de un carácter y de un «Gemüth» fundamentado en base cristiana.

Así se explica que el servicio y la vida del mundo gasten tan pronto. Apenas su víctima ha empezado á llevar sus cadenas,—puesto que cadenas son, importando poco que estén hechas de oro ó flores,—cuando tiene que recurrir á todos los artificios para ocultar su decadencia, y disimular, por lo menos algunos años, una juventud que ha pasado más veloz que un sueño.<sup>(1)</sup> Uno de los más grandes poetas ha lanzado al mundo esta queja, que miles de personas han experimentado tan dolorosamente como él, pero que no la han sentido de una manera tan conmovedora. «¡Oh desgracia! ¿Dónde han ido á parar mis años? ¿Es cierto que mi vida es un sueño? Sin duda que he tenido muchas ilusiones; pero ¿qué era todo ello? Aun he perdido más en el sueño, y no sé qué. Ahora estoy despierto y no conozco lo que antes conocía como á mi mano. El país donde he nacido, las personas que me eran familiares, se me han hecho extraños, como si fuesen una mentira. Y si explayo mi pensamiento por los deliciosos días de mi vida, veo que han desaparecido como un golpe dado en el agua. ¡Oh desgracia y siempre desgracia!<sup>(2)</sup> ¡Oh mundo, he visto tu recompensa; lo que me has dado, tú mismo me lo quitas! ¡Avergüénzate, como yo me avergüenzo! El cuerpo, el alma misma,—¡es demasiado!—he arriesgado miles de veces por ti; y ahora que soy viejo, me ridiculizas, y si me enfado, te ríes de mí.»<sup>(3)</sup>

(1) «Der Guotaere», 1, 3 (Hagen, *Minnesinger*, III, 41).

(2) Walther von der Vogelweide, 188, 1 y sig. (Pfeiffer). Cf. Heinrich von Meissen (*Frauenlob*), *Spruch*, 357 (Ettmüller, p. 204).

(3) Walther, 76, 25 y sig. (Pfeiffer). Cf. Ulrich von Singenberg, 28 (Hagen, *Minnesinger*, I, 298). Hardeger, 8 (*ibid.*, II, 135 y sig.). Johann von Rinkenberk, 8 (*ibid.*, I, 340). Reinmar von Zweter, 2, 243 (*ibid.*, II, 220). Petrarca, *Sonett* 311. Michel Angelo, *Sonett* 65; *Canzone* 3 (Hasenclever, 279, 417). Camoens, *Sonett*, 177, 253, 263.

15. **Juventud eterna y madurez del *Gemüth*.** — ¿Cuándo, ninguno de los que llevan el yugo de Jesucristo, ha dejado oír tales quejas? Dios no es el amo egoísta que agota á sus siervos tan pronto como puede y los despacha después. Es un preceptor que quiere favorecer con caridad y gravedad, miramiento y paciencia, á sus hijos, para hacerlos llegar con moderación á la madurez, y hacer de modo que conserven su energía juvenil y su primitiva frescura.

Es un hecho curioso que la mayoría de los verdaderos héroes del Cristianismo no han empezado á desplegar su actividad sino en una edad en que, hombres que han desempeñado un importante papel en el mundo, se han retirado ya de los asuntos. Esto solo prueba suficientemente que el servicio de Dios no arruina las fuerzas humanas, sino que, por el contrario, las conserva. Sin duda que el que ha evitado su formadora mano el primer día, en el momento en que quería enderezar el árbol torcido, es como el que se sustrae á los cuidados de la educación antes de haberla recibido por completo; éste no puede quejarse suficientemente de la dureza que reina en esa escuela, del peligro de ser anonadado por las exigencias desmesuradas de la vida cristiana. Pero el que se ha mostrado digno de su solicitud, siente muy pronto que una nueva vida circula por sus venas, la vida de la juventud y de la energía eterna. Nadie consume su vida en el servicio de Dios. En el campo de Dios, se llega más lentamente á la completa madurez que en el campo del mundo; pero, en cambio, tampoco se conoce en él la sequedad y la esterilidad. Los santos no envejecen. <sup>(1)</sup> Jamás ha caído un santo en la decrepitud. La mayoría de los servidores de Dios no han tenido su más hermosa primavera, sino en el otoño de su vida. Lo característico de toda plantación divina es que la primavera y el otoño reinan juntos en una eterna unión. En el jardín del alma, que Dios cultiva con sus propias manos, el tiempo de la siembra toca al de la recolección,

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit* (5), 302 y sig.

como en tiempos pasados en el Paraíso, y la recolección empieza con la floración; <sup>(1)</sup> á cada instante se encuentran pequeños vástagos al lado de los frutos maduros. Dos cosas son eternamente desconocidas; la sequedad del estío y el entumecimiento del invierno.

De aquí que, en todas sus aspiraciones, la humanidad no tenga otra mira que lo que quiere el Cristianismo; sólo que no se da cuenta de ello. Los dos deseos que nadie puede negar mientras tenga una gota de sangre pura en sus venas, á saber, llegar á ser alguna cosa completa y madura, y no envejecer jamás, no encuentran su perfecto cumplimiento sino en la vida cristiana. Todo el mundo sabe que, para despertar y templar el espíritu no formado aún, para fortificar el deprimido espíritu y las fuerzas que declinan, no hay mejor medio que el trabajo intelectual, el sufrimiento y el sacrificio. ¡Cuántos hace ya mucho tiempo que estarían muertos, si hubieran tenido tiempo de morir! Estaban ya á punto de sucumbir, cuando encontraron un nuevo medio de hacerse útiles, y esto les ha dado una nueva vida y les ha rejuvenecido. ¡Qué servicio haría á la humanidad, que perece tan despiadada é indignamente, aquel que pudiese asignarle un fin que exigiese todos sus esfuerzos, un fin que no pudiese jamás agotar completamente! Ahora bien, ¿no ha recibido semejante empresa por la gracia de Dios? ¿Qué es, pues, el Cristianismo, sino un medio dado por Dios para llegar á ser fuerte y permanecer joven? Si es verdad que todo se le niega á nuestra religión, verdad es también que jamás se le ha podido quitar la gloria de imponer más trabajo intelectual, más combates, más sacrificios, que los que podemos llevar á cabo. Pero, en cambio, puede también vanagloriarse, y no es un mediano título de gloria, de que ninguno de los que han comprendido bien su naturaleza, ha muerto de vejez intelectual y de hastío de la vida. Cuanto más debilitado tenían el cuerpo, tanto más vigoroso y fresco estaba su espíritu. Los Santos—dice uno de los más grandes de entre

(1) Levit., XXVI, 5.

ellos, Santo Tomás de Aquino—los Santos son siempre jóvenes. <sup>(1)</sup> Y cualquiera que disponga su vida según esta misma ley y haga de ella una vida que, desde el primero hasta el último momento, tenga todas sus fuerzas en ejercicio, una vida que reemplace con la actividad interna lo que se gasta con la actividad externa, una vida que no se alimente de la tierra, sino que beba en los manantiales sobrenaturales, ese, cualquiera que sea, previene todos los accidentes, importando poco que sea larga ó corta su carrera. Sobre cada tumba del cementerio en que verdaderos cristianos esperan el día de la resurrección eterna, podría grabarse esta inscripción: «Ha muerto pronto, llegó al estado de madurez, vivió largo tiempo y fué siempre joven.»

(1) Guil. de Thoco, *Vita S. Thomæ*, 5, 29 (Boll. Mart., I, 669 b).

## CONFERENCIA XVII

### LA DISCIPLINA, MEDIO DE EDUCACIÓN PARA EL HOMBRE Y PARA LA HUMANIDAD

1. **La vida bajo la Inquisición española.**—Para los que se ocupan continuamente en literatura moderna, ciertos asuntos pierden con el tiempo su carácter aterrador y llegan á ser fastidiosos, porque se recuerdan con demasiada frecuencia y uniformidad.

Las personas que se ocupan en libros y asuntos científicos tan sólo momentáneamente, como sucede en una fonda, reciben impresiones más profundas y permanentes. Entre esos cuentos horripilantes, hay que poner en primer término la historia de la Inquisición. Que un lector crédulo sienta esta impresión, no es de extrañar; porque literalmente se horroriza uno de lo que obras sabias y serias cuentan acerca del carácter sangriento <sup>(1)</sup> y cruel <sup>(2)</sup> de esta institución. Habría que ser un Nerón para leer con sangre fría que un solo hombre, el gran inquisidor Torquemada, entregó no menos de 114.401 desgraciados á la hoguera y al deshonor, <sup>(3)</sup> y que aquella horrible invención no haya devorado menos de 341.021 víctimas <sup>(4)</sup> según se afirma constantemente por los relatos de Llorente.

En manera alguna tenemos intención de convertirnos en panegiristas de la Inquisición española. Al contra-

(1) Hertzog, *Real-Encykl.*, (1) VI, 679.

(2) *Ibid.*, VI, 679, 680, 683.

(3) Llorente, *Hist. de l'Inquisition*, (2) París, 1818, I, 280. Cf. I, 360, 406 y sig. Hertzog, VI, 687, etc.

(4) Llorente, IV, 271. Buckle, *Gesch. der Civilisation*, trad. allem. de Ruge (4), I, I, 161.